

sumirse en los campos que le vieron nacer, jamás desmintió la firmeza de su carácter. Superior al bárbaro favorito que lo perseguía y al imbécil monarca que dejaba arruinar en su pérdida las esperanzas de la España, no se dignó de recurrir, para restablecer su crédito ó sustraerse al puñal de la tiranía, ni á la tímida condescendencia, ni á las bajezas de la adulacion. Hablaba á los satélites del tirano en aquel tono de dignidad con que otras veces gobernaba á los pueblos é imponía respeto á las potencias de Europa. Fortalecido con el testimonio de una conciencia pura, apelaba de un malvado seductor y de un rey mal aconsejado á la voz pública de su nacion y al tribunal, siempre justo, de la posteridad.

¡Su nacion! Y ¿quién podrá expresar el grito de dolor y de indignacion que, al saber su desgracia y la causa de ella, se exhaló de los corazones españoles? ¿Qué patriota hubo que no derramase tantas lágrimas por los males que amenazaban á su patria como por la desventura de un ministro adorado? Todos gemian, todos maldecian el doloroso destino de la España, condenada á ser casi siempre la víctima de indignos validos. Y ¡en qué ocasion, gran Dios! Cuando la revolucion de Francia, el mayor de todos los acontecimientos políticos de la edad moderna, anunciaba los horrores de una guerra universal, larga y devastadora; cuando la lucha de todas las pasiones públicas y particulares iba á empezarse sobre la infeliz Europa, entónces es cuando á la España, apenas restaurada, se le arranca el ministro de su gloria, sustituyéndosele el más vil, el más despreciable de los intrigantes. Un hombre condenado por su carácter al desprecio, y por su incapacidad á la nulidad más completa, es el que se pone al frente de la monarquía. ¡Y la nacion lo vió! Sí, lo vió y lo sufrió. Sus reclamaciones no llegaron á los pies del trono donde dormía el Monarca; el atroz visir ahogó las quejas de los más audaces, y la ruina de la España fué consumada.

Dueño ya el monstruo de la monarquía, empezó á poner en ejercicio todas las artes de dañar. La ignorancia más insolente, reunida á la más sórdida avaricia, que despues transformó en una ambicion ridicula el tiempo y la costumbre de mandar, caracterizaron su ministerio. Desde el primer momento del atroz reinado de Godoy se dejó sentir la funesta influencia de su negra alma; desde entónces lloró la nacion, que nada de FLORIDABLANCA habia quedado al pié del trono. El espíritu de rapiña se apoderó repentinamente de casi todos los ramos de la administracion pública. El germen de las ciencias naturales y políticas y de las artes útiles y agradables fué sofocado en su misma raiz. A la decente gravedad de las costumbres sucedió el más desenfrenado libertinaje. Españoles, vosotros, que llevasteis tantos años el yugo de su despotismo, si

os dibujo, aunque en débiles rasgos, el cuadro de vuestra ignominia, no es sólo porque sintais la pérdida que sufrió la España perdiendo su ministro; es tambien por exaltar más y más en vuestros corazones el odio á la tiranía que habeis abatido. Acabe ya en nuestra península el reinado de los monstruos y de los déspotas. El espíritu español no retrogradará un punto del término glorioso á que se ha elevado. No volverá á existir entre nosotros un Godoy. Cayó el visirato, y cayó para no elevar más su impura cerviz sobre las leyes y los pueblos. La España ha recibido del gobierno liberal, que dirige su revolucion, la solemne promesa de que bajo leyes tutelares quedará consagrada la independencia nacional, y de que el funesto poder de hacer el mal, que hasta aquí han tenido en su mano los ministros de la monarquía, será para siempre encadenado.

El movimiento indecoroso que imprimió Godoy á la administracion interior se manifestó á toda la Europa en nuestros desvarios diplomáticos. La guerra con Francia, impolítica en su plan y tan vergonzosamente sostenida, puso á España en el borde del precipicio, y la nacion poco ántes pacificadora del universo, la nacion cuyos ministros habian aprendido á hablar á los de las potencias extranjeras con toda la altivez del antiguo carácter español, fué casi conquistada por dos divisiones republicanas, y mendigó la ignominiosa paz de Basilea, aquella paz horrible, seguida de un tratado de alianza, aún más ignominioso todavía (1), que nos puso bajo la influencia directa del gobierno francés, y nos presagió el desgraciado destino de los pueblos que se hacen aliados de sus vencedores. Aprended, conciudadanos míos; en aquella época, en que aún existia, bien que debilitado, el poder nacional que organizó FLORIDABLANCA, y cuando toda la Europa os auxiliaba, fuisteis fácilmente sometidos, porque un ministro inepto dirigia la suerte del reino, y cuando vuestra revolucion os ha restituido el generoso carácter de un pueblo libre, aunque sin erario, sin tropas, sin gobierno y sin aliados, cerca de doscientos mil franceses (2)

(1) La alianza con Francia, que nos precipitó á la guerra contra la Gran Bretaña, fué de las más desventajosas é impolíticas que ha contraido nuestra nacion. Los socorros de armas y subsidios que se estipularon en ella eran iguales por ambas partes, sin atender á la desigualdad de poblacion entre las dos naciones contratantes, ni á su diferente posicion geográfica. La Francia, expuesta á continuas guerras con las demas potencias del continente, nos obligaba á frecuentes auxilios, que agotaban nuestra poblacion y nuestro erario, cuando la España lo tenia que reclamar los socorros estipulados sino en un solo caso, á saber, el de guerra con Portugal; caso en que las tropas auxiliares nos serian más gravosas y temibles que necesarias. Fué, pues, aquella alianza perniciosa á la España y útil á la Francia en todos sus artículos; pero no hay que extrañarlo. De una parte estipulaba la incapacidad y la cobardía de Godoy, de otra la astucia y el orgullo de la victoria.

(2) Esto se escribia á fines de Marzo; despues han ocurrido la evacuacion de Portugal y Galicia, los combates sobre el Tajo y el

han comprado á costa de sus vidas el amargo desengaño de que sois indomables. ¡Amor sagrado de la libertad, tú solo sabes producir semejantes prodigios!

La paz de Basilea nos colocó en la clase de las potencias de segundo orden; pero ni aún en este grado de abyeccion supo Godoy sostener dignamente el carácter de un subalterno. Si la guerra con Francia arruinó nuestro ejército, la guerra con Inglaterra aniquiló nuestra marina, objeto especial de los cuidados de Floridablanca; y si la paz de Basilea nos sometió á la Francia, la paz de Amiens nos hizo el ludibrio de la Europa. Diganlo las colonias españolas, á cuya costa compró la Francia aquella paz; digalo el aspecto ridiculo bajo el cual fuimos considerados en todos los gabinetes; digalo la violencia irresistible con que fuimos espoleados á la última guerra contra la Gran Bretaña; digalo el destierro de nuestro ejército, enviado á pelear sobre las márgenes del Báltico las batallas de Napoleon, dejando la patria sin fuerza armada que hiciese respetable su independencia.

Compárese la incertidumbre, la bajeza, la indignidad del ministerio de Godoy con el firme y decoroso movimiento que FLORIDABLANCA imprimió al gobierno; compárese la sucesiva degradacion de nuestra libertad y la vergonzosa servidumbre que padecimos bajo los agentes franceses, con la gloriosa y altiva independencia y la plenitud de soberania que habia ejercido la nacion en entrambos mundos; compárese la altura á que nos habiamos elevado con el abismo de oprobio en que caimos, y nos admiraremos de nuestro largo sufrimiento.

En fin, mientras Godoy caminaba con pasos de gigante á consumir nuestra ruina; mientras la guerra, primero oculta y despues abiertamente declarada contra el heredero del trono, presagiaba la cercana disolucion de la monarquía; mientras las rápidas conquistas de Napoleon al oriente del Rhin descubrian su proyecto de invasion general, y la aproximacion de tropas francesas á la frontera de los Pirineos preparaba los caminos á la subyugacion de la península, FLORIDABLANCA, si bien gozaba, como filósofo cristiano, en el retiro de su patria las dulzuras de la vida doméstica y los testimonios lisonjeros de una conciencia no manchada, lloraba, empero, como buen patriota, los males que sus conciudadanos padecian y los males que les amenazaban. Veia desplomarse al suelo el edificio de la felicidad pública, que á costa de tantos desvelos habia levantado. Su genio, leyendo en la historia de los acontecimientos futuros, preveia la próxima caida del trono y de la independencia, y la actividad de su alma, que bastaria en otras circunstancias á salvar la patria, no podia servirle en

Guadiana, el sitio de Gerona, y otros muchos choques parciales, que, juntos con la consuncion lenta, originada de su mansion en España, han aumentado prodigiosamente su pérdida.

su destierro sino para despedazar su corazón. ¡Ah! solamente la religion calmaba los tormentos de su ánimo y sostenia su apenada existencia. Esta hija del cielo, esta dulce dominadora de los corazones derramaba el bálsamo de sus consuelos y de sus esperanzas sobre las profundas heridas de su pecho. Desde el momento que fué separado del ministerio, á ella consagró todos los afectos de su alma, todos los momentos de su vida. Los ejercicios de una piedad ilustrada, las obras de beneficencia, los consuelos dispensados al infeliz que gemia bajo el peso de las desgracias, las santas obligaciones de la caridad, llenaron todos los dias de su retiro. ¡Espectáculo verdaderamente sublime! El ministro de la gloria nacional, el terror de los enemigos de la España, el regenerador de la monarquía es aún más grande en el seno de su soledad que al pié del sólio, donde fué la admiracion de Europa.

Léjos de los negocios, léjos de las ilusiones engañadoras de la ambicion, desplega toda la dulzura y amabilidad de su carácter, así como ántes habia manifestado toda la energia de su genio. Sencillo y frugal en su trato, dotado de toda la prodigalidad de una beneficencia activa, amable á los que le rodeaban, y humilde adorador del Dios, cuya santa ley habia moderado constantemente su conducta, fué la delicia de los suyos, la gloria de su nacion, la vergüenza de sus despiadados perseguidores, la condenacion de un siglo que va á hacerse desgraciadamente célebre por su corrupcion é impiedad, y el espectáculo más agradable que puede presentar la tierra á los ojos de la Deidad.

Empero, si los consuelos religiosos fortificaban su espíritu, las desventuras de su patria no podian dejar de producir en su ya debilitada constitucion el efecto acostumbrado. Si como cristiano se resignaba, como hombre, como español, como ciudadano padecía. Esta pena, unida á su edad y sus achaques, fué en gran manera acrecentada por la muerte de su hermano (1), á quien amaba con la mayor ternura; de modo que, abrumado de las desgracias públicas y de sus pérdidas particulares, le encontró la más portentosa insurreccion de que hay memoria en los anales: la insurreccion de España.

¡España, dulce patria mia! levanta ya, levanta tu frente, tanto tiempo envilecida en el oprobrio. Llegaron los dias de tu gloria. Observa, observa todas las naciones de la tierra cual te rodean admiradas, y apenas pueden resistir en sus débiles ojos el brillante esplendor que te ilustra. Tú, sagrado ardor del patriotismo, inflama mi pecho. Genio soberano que animaste la pluma de Livio para des-

(1) El consejero Robles Vives, sepultado entre las ruinas del pantano de Lorca. El Gobierno empleó entónces á FLORIDABLANCA en el restablecimiento de aquella obra, siendo esta confianza una prueba de su inocencia, dada por el mismo que tan inicuamente lo habia perseguido.



cribir los triunfos de su patria, dirige ahora la mia: pueda yo presentar dignamente á los ojos de la posteridad el augusto cuadro de la gloria española. Vosotros, conciudadanos míos, no creais que me separo de la obligacion que me he impuesto, incluyendo las alabanzas de la nacion en este escrito. El elogio de la España es la parte más esencial del elogio de FLORIDABLANCA. Este grande hombre, que se sacrificó á su restauracion, que fué perseguido por ella y que en su más violenta crisis la dirigió hasta dar el último suspiro, tiene su gloria ligada necesariamente á la gloria de su cara patria.

La desgraciada Francia, que amanejó los principios de su revolucion con todo género de atrocidades, despues de haber vagado, bajo el gobierno tempestuoso del Directorio, entre la ambicion y el terrorismo, cayó últimamente á los piés del más pérfido de los tiranos. Napoleon miró la subyugacion de su patria, no como el término de sus deseos, sino como un simple medio para avasallar la Europa. Aquellos fieros republicanos que formó el entusiasmo de la libertad en la escuela de los Hoche y Moreau, fueron, bajo las banderas de Bonaparte, los instrumentos de la conflagracion del mundo. El Austria desmembrada, la Prusia reducida á una existencia precaria, la Rusia condenada á la nulidad política, fueron los frutos de la esclavitud de la Francia, y su tirano caminaba sobre las ruinas de la libertad comun á la subyugacion del universo.

En esta desgraciada época, el poder colosal del favorito de Carlos IV, erigiéndose sobre los escombros de la España, amenazaba igualmente al débil monarca y á su desvalido é inerte heredero (1). La ambicion de Godoy, tan criminal como ridicula, hizo esperar al gran tirano la extirpacion total de la familia de Borbon, cuyos derechos teme, y para conseguirla, formó y efectuó los horribles planes de perfidia, que serán hasta la última posteridad el oprobio del siglo XIX. No, no es ésta ocasion de presentar á los ojos de mi patria indignada el malvado artificio de explorar las disposiciones del pueblo español y prepararlo al yugo por medio de libelos, ni la invasion injusta de Portugal, pretexto eterno para introducir tropas numerosas en la península, ni la perfidia con que se le persuadió á la nacion que los guerreros franceses venian á libertarla de la tirania atroz del favorito, ni cuando la memorable noche de Aranjuez purgó la España de aquella fiera, y colocó en el trono al legítimo

(1) No pudiendo satisfacer su insaciable avaricia todos los tesoros de ambos mundos, no pudiendo contentar su ambicion los títulos y puestos de que le habia colmado Carlos IV, quiso coronar su extraordinaria fortuna con el nombre de soberano, y el astuto Napoleon le ofreció un cebo digno de él en la monarquia imaginaria de los Algarbes. ¡Desgraciados pueblos, que hubieran sufrido en toda su energia y sin temor alguno que las enfrenase, las disoluciones y rapiñas de aquel monstruo!

heredero, colinado de la bendicion nacional, la inaudita impudencia con que los agentes de Napoleon se apoderaron del monstruo, encadenado ya y sujeto al rigor de las leyes, y lo sustrajeron al justo castigo de sus crímenes, ni la injuria hecha á nuestra independencia por un vecino, que se atrevió á ventilar los derechos de la nacion, y á examinar la legitimidad de los sufragios reunidos de once millones de españoles, ni, en fin, el engaño alevoso cometido contra la persona de nuestro monarca y toda la familia real, atrayéndolos al territorio frances bajo el pretexto de ajustar sus desavenencias domésticas. Anheló, españoles, anhelo por llegar á la época memorable del dos de Mayo, origen de vuestra revolucion, pero padron eterno de la crueldad de un ambicioso. Los anales del género humano no refieren un hecho más atroz. ¡Oh manes de los Vargas, de los Toledos y de los Córdobas! ¡Oh siglos de combates y de victorias, empleados en crear y engrandecer la patria! ¿Con que, tanta sangre derramada, tantos afanes políticos, tanta gloria adquirida vinieron á parar en que una tropa de asesinos, conservando todavía el nombre de aliados, en la misma capital de nuestro imperio, se atreviesen á degollar con la insensibilidad de los caribes á nuestros amigos, nuestros compañeros, nuestros conciudadanos? ¡Oh baldon que jamas podrá ser suficientemente vengado! ¡Oh ignominia que no se podrá borrar ni con mares de sangre eremiga! Inocentes víctimas, vuestra muerte será vengada; sí, lo será. La patria lo ha jurado en el entusiasmo de su indignacion. Pero el oprobio de que los españoles lo hayan consentido, de que hayan permitido á un gobierno débil arrastrarnos á semejante abismo, ése no será vengado jamas.

Y ¿cuáles fueron entonces tus sentimientos, FLORIDABLANCA ilustre? ¡Ah! sólo quien participe de un alma enérgica y verdaderamente española como la tuya podrá describir el exceso de tu dolor. Aún en la tumba silenciosa me parece que veo levantarse ceñida tu sombra helada, y gemir por las desgracias de tu patria.

Rompióse, en fin, el velo que encubria á los ojos vulgares el misterio de iniquidad. José Napoleon, con el pretexto de las renunciadas en Bayona á los individuos de la familia real, es proclamado rey de España é Indias. Apenas darán crédito nuestros descendientes á semejante alevosía; empero, si la atrocidad inaudita del crimen admirará los siglos futuros, la venganza no podrá ser mirada sino como el mayor de los prodigios.

Yo hablo ahora á la posteridad española; hablo á los nietos de los valerosos que han sostenido la independencia nacional contra el más ambicioso de los tiranos; les presento el cuadro de una nacion envilecida hasta el extremo, para que conozcan los prodigios de heroísmo que obran sus abuelos por defenderla, y aprendan en su ejemplo á

transmitir á sus descendientes libre y gloriosa esta patria tantas veces perdida y tantas restaurada á costa de nuestra propia sangre. Sucesores de los esforzados de Bailén, hijos futuros de Zaragoza, habitantes venideros del Ebro y del Júcar, sabed que nuestra patria, en el momento de ver invadida con la más vil perfidia su libertad, tenía el ejército de su usurpador en el centro mismo de la monarquía, dueño ya de todas las fortalezas fronterizas del Norte, y próximo á dividirse y marchar precipitadamente á las provincias marítimas. Sabed que veinte años de dilapidacion y rapiña habian destruido hasta el nombre de crédito nacional, hasta la esperanza de que reflorecesse la industria, el comercio y la agricultura. Sabed que el maquiavelismo del favorito habia desorganizado en parte nuestros ejércitos é impedido los progresos de su disciplina é ilustracion; sabed que por la más vil de las condescendencias habia enviado á perecer sobre los hielos del Báltico la mayor parte de nuestras tropas de línea á merced del gran usurpador. Sabed, en fin, que el largo y doloroso sultanismo de Carlos IV habia privado á la nacion de su energia, de sus costumbres, de su preponderancia en Europa, hasta del nombre de potencia. España no era considerada como una patria, sino como un bien abandonado, que sólo esperaba un ambicioso astuto.

No habia entonces gobierno; las autoridades de Madrid estaban sometidas al despotismo militar, y las fuerzas de la nacion carecian de un centro comun, donde pudiesen apoyarse y oponerse en toda su energia á la violencia extraña. Todo estaba confundido, todo aterrado, todo inerte. Así el alma atroz del usurpador creyó que la España no tenia otro recurso, otra esperanza de salud, sino arrojándose á sus piés y dándole gracias porque se dignaba de usurparla.

Empero el grito de venganza resonó á deshora en toda la península. *Guerra y venganza*, clamaron los moradores del Ebro y Llobregat. *Venganza*, resonó en la España desde las márgenes del Segura hasta las orillas del mar Cantábrico. *Guerra*, repitieron las llanuras de la antigua Castilla, y el terrible sonido de los instrumentos de muerte y de venganza ensordeció las riberas del pacífico Bétis.

En un momento rompe la explosion, y rompe igualmente por todas partes. Erigense juntas provinciales, consagradas á la defensa de la patria y al gobierno de su territorio, en nombre de FERNANDO VII. La nacion se arma en masa, sus generales la guian á los combates y á la gloria contra los vencedores de la Europa, y si en Rioseco y Valladolid la superioridad del número decidió contra la buena causa, los campos de Bailén, las murallas de Zaragoza, los vergeles de Valencia y las fragosas colinas de Cataluña probarán á la posteridad admirada esta gran verdad política: que no hay fuerza comparable á la de la opinion pública, y

que solamente será conquistada aquella nacion que quiera serlo.

En esta fermentacion universal, impidiendo la separacion de las provincias que se crease entonces el lazo de un gobierno único y depositario de toda la fuerza nacional, eligió cada una para la formacion de su gobierno particular los individuos más ilustres y patriotas que encontró en su seno. Murcia tuvo la satisfaccion de poseer en aquellas circunstancias al hombre en quien estaban fijos los ojos de la patria. Desde el momento que estalló la revolucion, FLORIDABLANCA fué el héroe de la España. En él se fiaban las esperanzas de salvarnos, en él la brillante perspectiva de nuestra nueva regeneracion. Aquella grande alma no desmintió la confianza nacional. A pesar de su edad y de sus achaques, consagró á la patria los últimos alientos de una vida ya próxima á extinguirse, y quiso arrostrar el glorioso peligro á que se expusieron todos los partícipes de la autoridad. Así, despues de una persecucion que colmará á su enemigo de eterna infamia, volvió á verse al frente de sus españoles, á comunicarles el carácter enérgico de su genio y á participar de sus triunfos.

Éste es el sacrificio más ilustre que le debió la patria; sacrificio que hacen más apreciable su larga edad, sus enfermedades habituales, que exigian un descanso no interrumpido; sacrificio que hacen extraordinariamente glorioso los peligros de su nueva carrera. No eran, no, las tranquilas operaciones del gabinete las que le esperaban, sino las turbulentas convulsiones de una revolucion. No era una guerra capaz de admitir las transacciones ordinarias la que se iba á emprender, sino una lucha cruel y sangrienta, en que se arriesgaba el todo por el todo. No se ponía al frente de un gobierno afirmado y sostenido en sus operaciones, sino de una nacion agitada por todo género de males, que volaba á la libertad, y que debia destruir innumerables obstáculos para alcanzarla. Pero nada detuvo aquel alma patriótica. Oyó la voz, oyó los suspiros de su amada España, y voló á consagrarle sus últimos alientos. Corazones débiles y egoistas, ved este ejemplar y confundíos; vosotros, cuya conducta está siempre regulada por los cálculos del interes propio; que sólo sois españoles cuando la gloria y la seguridad están en serlo; que habeis visto por dos veces engañado vuestro egoismo y desmentidos vuestros temores por el valor y la constancia nacional, y que, por no atreveros á morir con gloria, sois la execracion de la patria y el oprobio del universo.

La posicion del reino de Murcia lo preservaba de una invasion próxima. A esta causa, el primer cuidado de su junta, guiada por el espíritu de FLORIDABLANCA, fué la organizacion de un ejército que volase al socorro de los valencianos, amenazados más de cerca por el enemigo, y obstruyese los pa-



sos de Albacete y Almansa. Mas estas operaciones no bastaban al activo patriotismo de FLORIDABLANCA. En aquella misma época entendió en las dos empresas más importantes para la salud de la patria. Una fué la negociacion que abrió con Inglaterra, fiel aliada nuestra desde el momento en que nos armamos contra la tiranía de Napoleon; otra la organizacion de un gobierno central que reuniere en una sola todas las fuerzas de las provincias.

Llegaron, pues, los dias felices en que triunfase la libertad. Las ventajas conseguidas por los franceses en Alcolea, Cabrillas y Cabezon fueron efímeras. Zaragoza, la inmortal Zaragoza, les impone un obstáculo insuperable para la conquista de la España septentrional. Valencia jura perecer ántes que rendirse. La terrible Cataluña, armada en masa, aniquila lentamente el ejército de Duhesme. Extremadura neutraliza los movimientos de Junot. El ejército de Galicia vuela al socorro de los castellanos y leoneses. El principado de Asturias, solar de la monarquía española, donde en otro tiempo se forjó el rayo que devoró á los opresores de nuestra patria, arma sus valerosos ciudadanos y los envia contra los sarracenos del Norte, y la opulenta Andalucía, mientras el vándalo Dupont se entretiene en el saqueo de Córdoba, organiza en tres dias el ejército que ha de vencerle. Ya no era dudable el triunfo del patriotismo contra la perfidia, y los grandes genios de la nacion trataban más bien de organizar el gobierno que de vencer al enemigo, diseminado por las provincias é incapaz de ejecutar grandes operaciones militares.

Esta ha sido la obra más grande de la revolucion española, y la que rodea de gloria inmortal los últimos dias de FLORIDABLANCA, que tanto se afaná por ella. No solamente se oponia á conseguirla la disposicion de los ejércitos enemigos, interpuestos entre las provincias, sino tambien el mismo genio de nuestra insurreccion. Esta se verificó parcialmente, y la soberanía, una é indivisible segun nuestras leyes, se halló, por la opresion del centro nacional, dividida en un gran número de juntas, unidas á la verdad para la defensa comun, pero independientes unas de otras en sus derechos y operaciones. ¡Cuán inmensa dificultad era la de reunir tantas y tan diferentes opiniones, que todas merecian ser atendidas para la organizacion de un poder único! ¡Cuán arduo reducir al silencio los gritos de las pasiones particulares, que podian oponerse al restablecimiento del órden! No era menor el obstáculo que la escasez casi general de luces políticas oponian á un buen establecimiento. El gobierno anterior habia creído ejercer más seguramente su imbecil despotismo ahogando en su nacimiento las ideas sanas y liberales en materia de administracion; por eso la mayor parte de los españoles, merced á la opresion de la imprenta, ignoraban en la época misma de su regeneracion cuál

fué su antiguo gobierno, por cuáles grados imperceptibles se habia domiciliado entre nosotros la tiranía, y cuáles son los medios de encadenarla, y los lazos constitucionales que deben unir á las naciones con los gobiernos, y á los gobiernos con las naciones.

Así cada cual abundó en su sentido. Todos convenian en el restablecimiento de un gobierno único; pero discordaban en cuál debia ser la forma de este gobierno. Unos opinaban por el consejo ejecutivo de regencia; otros por una constitucion federativa; otros por la coalicion de todas las juntas parciales en una sola. Cuando la victoria de Bailén obligó á los enemigos á retirarse del centro de la monarquía, recogiendo vergonzosamente cortos destacamentos de las numerosas divisiones que habian enviado á las provincias, se temió que la fermentacion de opiniones contrarias causase desavenencias, mil veces más terribles que el poder enemigo.

Mas ¡oh! que entónces se manifestó el mayor prodigio de la revolucion. ¡Bendicion sempiterna al carácter de los españoles! ¡Alabanza inmortal al desinterés, á la moderacion que los distingue de todos los pueblos del mundo! ¡Gloria sin fin á FLORIDABLANCA y á las sábias juntas que supieron reunir todos los partidos y someter todas las opiniones al yugo de su ilustrado patriotismo! Hablaron, y á su voz se reunen en Aranjuez diputados de todas las juntas provinciales y es erigida la Suprema Central. ¡Qué espectáculo tan tierno y sublime! Los partícipes del mismo peligro y de la misma gloria se estrechan mutuamente en sus brazos, se dan la enhorabuena de haber salvado la patria, y renuevan el juramento de morir por ella. En aquel instante, por siempre memorable en los anales del género humano, pasó la soberanía, sin quejas, sin reclamaciones, sin turbulencias, de las juntas, que tan gloriosamente la habian ejercido, á la Suprema Gubernativa, único depósito ya de la autoridad pública y de las esperanzas de la nacion. No hay ejemplo en la historia de igual revolucion; no hay pueblo alguno en que se hubiera realizado con tan grande tranquilidad. La mutacion de gobierno ha sido siempre consagrada con asolamientos, muertes y ruinas. Lo repito, no es el mayor prodigio de nuestra insurreccion habernos atrevido solos y casi desarmados al colosal poder del usurpador; no el haber vencido sus ejércitos, victoriosos de toda Europa, con tropas nuevas y apenas disciplinadas; no el haber ahuyentado sus orgullosos generales á un rincón de nuestra península; éstos son prodigios del valor, del patriotismo, del amor á la libertad; éstos nos son comunes con todos los pueblos que han sacudido el yugo de la tiranía. Pero el prodigio que es exclusivamente nuestro, obra de nuestro carácter generoso, firme y moderado, es la organizacion tranquila de un gobierno

central contra el esfuerzo de todas las pasiones particulares y contra el deseo natural de retener la autoridad de que se ha usado gloriosamente. Sólo los corazones españoles saben hacer semejante sacrificio. Grecia se glorió de haber poseído un solo Timoleon, y Roma de un solo Colatino; nosotros podemos decir que tenemos tantos Colatinos y Timoleones cuantos son los que han cedido voluntariamente su autoridad por el bien de la patria.

FLORIDABLANCA, ilustre y venerable por su larga vida, empleada en el servicio de la nacion, respetable por la injusta persecucion que habia sufrido, y más recomendable que nunca por sus últimos sacrificios, fué mirado por los españoles como el hombre más digno de ejercer la primer magistratura de la nueva administracion. Ya nuestros ejércitos ocupaban en línea las márgenes del Ebro; Bilbao era ocupada por nuestras tropas; los valerosos, que huyendo los estandartes del tirano habian arrojado mil peligros por volar desde los hielos del Septentrion á la defensa de su patria, acababan de desembarcar. En todos los ánimos crecia la dulce esperanza de completar nuestra victoria. ¿Quién más digno de ponerse, en aquellas circunstancias, al frente del gobierno, que el que en otro tiempo habia regenerado la fuerza nacional y coronado de gloria el nombre español? Además, las reformas que era necesario hacer en todos los ramos de la administracion interior, entorpecida enteramente por el descuido de veinte años, exigian una mano firme y vigorosa, que supiese triunfar de todos los obstáculos, encadenar todas las pasiones y aterrar igualmente á los malévolos y á los ignorantes. Tales fueron los designios y las esperanzas de la España, elevando á nuestro héroe á la presidencia de la Junta Central.

Pero ¡ah! que el horizonte se oscurece por segunda vez. El genio activo de FLORIDABLANCA, que pudo encadenar la fuerza atirquica de la revolucion, no pudo triunfar de la celeridad imperiosa del tiempo. Los desvelos increíbles de la Junta central para organizar el ejército no podian retardar la marcha de las legiones enemigas, que, vencedoras del Elba y del Wistula, volaban orgullosas hácia las márgenes del Ebro. Segunda vez abortó el Pirineo enjambres de aguerridos vándalos, y nuestros valerosos defensores, áun no completos ni enteramente disciplinados, fué forzoso que cediesen al número y se replegasen sobre las provincias. En un momento son forzados los pasos del Ebro, inundados de las falanges enemigas los campos de Castilla, y amenazadas las fragosas estrechuras de Somosierra. Valientes españoles, no os espanten los rápidos progresos de un enemigo amaestrado en el arte de sojuzgar. Acordaos de los romanos, vencidos en Heraclea por Pirro, y en el Trasimeno y Cannas por Anibal. Vuestra libertad os será tanto más preciosa, cuanto más cara la compréis. Los

soldados del despotismo podrán tal vez vencer; pero jamás la fortuna de los combates decidió de la suerte de un pueblo que quiere ser libre.

El paso de Somosierra es forzado, en fin, y los esclavos del gran déspota vuelan sobre Aranjuez, para oprimir en la Junta Central las nacientes esperanzas de la nacion. El Gobierno busca un asilo, y la leal y generosa Sevilla es el que unánimemente adoptan todos sus individuos.

Sevilla, célebre entre las ciudades de España por su odio á la tiranía, por su amor á la patria y por sus increíbles esfuerzos á favor de la libertad; Sevilla, á cuyos sacrificios se deben las esperanzas de la victoria; Sevilla, la grande, la noble, la fiel, fué el último teatro de la laboriosa carrera de nuestro héroe. Los excesos de actividad, necesarios en aquellas circunstancias, triunfaron al fin de su constitucion física, minada por la edad y debilitada por sus últimos infortunios, que eran los de su amada patria; y á los ochenta y un años de su vida pagó el tributo comun á la naturaleza. Murió, como mueren los grandes hombres, colmado de las lágrimas y bendiciones de su nacion, y dejando grandes empresas que perfeccionar á sus sucesores. La Providencia, que coronó de gloria su ministerio y su caída, le concedió la muerte de los buenos ciudadanos: una muerte causada por el sentimiento de las desgracias públicas.

Murió; pero la memoria de los beneficios que la nacion le debe no morirá jamás. Murió; pero el impulso comunicado por su genio al gobierno y pueblo español se conservará eternamente. Sus conciudadanos, agradecidos, derramarán abundantes lágrimas ante su tumba, y jurarán sobre su cadáver morir por la causa de la libertad. Sí, ilustre sombra; áun entre los silenciosos horrores del sepulcro, tus amadas cenizas hablan al corazón de los españoles, y mudamente les inspiran el odio á los tiranos, el amor de la patria y el ardor por la gloria del nombre ibero. El Gobierno, que en la persona de tu heredero ha honrado tu memoria (1), allí aprenderá á sostener vigorosamente el alto destino de dirigir á la independencia once millones de españoles. Y si las desgracias que aceleraron tu muerte, continúan afligiendo esta amada patria, que tan dolorosamente hemos creado y que á tanta costa se va salvando, entónces tu recuerdo solo bastará para animar nuestros corazones á nuevos sacrificios; entónces no habrá español que no exclame, en el ardor de su patriotismo: *Pelemos como buenos*. FLORIDABLANCA jamás desconfió de la salvacion de la patria.

(1) La suprema Junta Central ha concedido al heredero, en el título de Floridablanca, para sí y sus sucesores, grandeza de España, libre de los derechos de lanza y media anata. Esta dignidad no es nueva en su ilustre familia. Don Alfonso y don Toribio Perez Moñino, décimocuarto y décimotercio abuelos de nuestro héroe, obtuvieron el título de próceres ó ricos homes, en los reinados de don Fernando IV, don Alonso XI y don Pedro.